

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, JULIO 1º DE 1873.

{ NUM. 39.

CUENTOS DE MI ABUELO.

LAS ROSAS DE M. DE MALESHERBES.

(Concluye)

—«Sí, hijas mías, replicó M. de Malesherbes; venid ¡ah! venid al lado mio. Si os ocurre alguna desgracia, haré por remediarla; si algunas contiendas se originan entre vosotras, las compondré quizá; y si algunos matrimonios, formados por las voluntades, no pudiesen realizarse por la desproporcion de caudales, aun en este caso sabré ajustarlo todo.—En ese supuesto, repuso con viveza la joven lechera, no le faltará á vd. qué hacer, y aun por mí misma le diré algun dia una palabrita sobre el particular..... Pero me olvido de que está esperándome mi madre; voy á llevarle el dinero de su leche, y á contarle el afortunado encuentro que he tenido.—Un instante, le dijo M. de Malesherbes deteniéndola: ¿cómo te llamas?—Suseta Bertrand, para servir á vd., si lo merezco.—Pues bien, Suseta, repuso el ministro apretándole una mano con ambas suyas, entrega á las compañeras tuyas, que como tú cuidan de mis rosales, lo que para ellas voy á darte.—Oh, señor!

nada queremos por ello, y todas las riquezas de vd. no valen el gusto que tenemos en lo que hacemos.—Tienes mucha razon; no, cuanto yo poseo no podría valer lo que me regalais en este momento..... pero mientras que por mí mismo puedo dar las gracias á tus amigas, devuélveles este beso que te doy para cada una de ellas. Diles que dan un nuevo realce al final de mi carrera, y que jamas se borrará de mi memoria cuanto han hecho.» Al acabar estas palabras, dió el ilustre anciano un beso en la modesta frente de la lechera, que se marchó gozosa y ufana con la honra que habia recibido.

No cesaba de contar este lance M. de Malesherbes. Cumplió puntualmente con la promesa que habia hecho á la lugareña. No pasaba dia sin que fuese á ver sus rosales. A menudo, y mientras que una numerosa y lucida concurrencia se hallaba reunida en el palacio de Verneuil, este respetable magistrado, ministro, consejero y amigo de su soberano, sentado junto á su solitaria gruta, tomaba parte en los juegos de los pastores de aquellos contornos, estudiaba en medio de ellos sus inclinaciones, necesidades y hábitos y no volvía al palacio hasta muy tarde, acompañado de muchos de los mismos, y colmado de las bendiciones de todos.

De allí á unos dias, que era un domingo, supo M.

de Malesherbes que toda la juventud de Verneuil y comarca suya debía reunirse la misma noche en frente de su tan afamada gruta, y que allí tenian resuelto fijar el sitio del baile. «¡Adios, rosas mías! dijo entonces para sí este amable sábio: ¿qué medio para que tal mozo no regale con ellas á su compañera de baile, y para que otra moza no arranque las mas hermosas para adornarse el pecho? Pero se divertirán, hablarán quizá de mí; yo mismo podré verlos reunidos á todos y presenciar sus juegos: vaya! vaya! si tengo algunas rosas menos, tendré algun gusto mas, y lo uno vale ciertamente tanto como lo otro.»

Sin embargo, como temia que su presencia intimidase á la divertida cuadrilla, y la impidiese entregarse á todos el gusto que un tan buen dia le prometia, se abstuvo de dirigir por la noche su acostumbrado paseo hácia la parte de su retiro. Pero en el siguiente dia, desde la madrugada, estuvo impaciente de ver el estrago que el baile de la víspera habia debido hacer en el bosquecillo. Pertrechado ya de una azada y otros varios instrumentos, se disponia á reparar el daño..... ¡Cuánta fué su sorpresa al hallarlo todo en el mismo estado! Estaba rastrillado aquel sitio en que se habia tenido el baile, y el asiento de césped conservaba toda su frescura: ni

siquiera una sola rosa habian cortado; y á la entrada de la gruta, estas palabras: *¡A nuestro amigo!* estaban formadas con flores de perpétuas..... M. de Malesherbes creia estar soñando. «¡Qué! decia para sí, en medio de una reunion tan numerosa como juguetera, y en un baile rústico en que la alegría destierra por lo comun toda reserva, ¿se han respetado mis rosas! ¿Dónde hay dulzura mayor que la de ser querido hasta este punto? No daría yo mi gruta por el mas suntuoso palacio de la tierra.»

En el siguiente domingo vacilaba entre el deseo de asistir al baile de la aldea y el temor de sobrecojer con su presencia, cuando su ayuda de cámara vino á noticiarle que una moza toda llorosa deseaba hablarle. Mandó que la hiciesen entrar, y luego que se presentó, le preguntó la causa de su sentimiento. «¡Ah, señor! estoy perdida si no se apiada vd. de mí. —¿Qué te ha sucedido, pues; habla y tranquilízate.—Diré á vd. que esta mañana era mi turno de regar sus rosales..... ¿Y bien?—Y bien, señor, como son los dias de mi madrina Juana, una de las caseras del palacio, que me tiene consigo desde que soy huérfana, me pareció que nadie me veía, y tuve la desventura de coger una rosa de las de vd., á pesar de la prohibicion y juramento que todas hemos hecho de no tocar á sus rosales.—¡Una rosa!..... respondió sonriendo M. de Malesherbes; no es ese un robo de mucha entidad.—Lo es, sin embargo, de sobra, repuso la moza llorando, para deshonrarme en toda la aldea.—¿Por qué ha de ser eso?—Martin de la Treille, ese maldito borrachon, espía de la juventud, me vió coger la rosa que me habia dado tanta tentacion; lo ha ido divulgando entre todos los mozos; y hé aquí que cuando voy á entrar en el baile, y contando con darme una buena pavonada como de costumbre, no hallo ni uno solo con quien poder bailar..... Todos á una voz han resuelto que no se me admita durante un año en el sötillo de vd. Por mas ruegos que mi madrina ha hecho por mí, toda la gente me ha condenado, hasta Guillot mismo..... ¡Guillot!..... Conoce vd. bien, señor, que si es preciso que me esté un año sin bailar, se perdió mi crédito; no me querrá ya Guillot, y me quedaré soltera toda mi vida.—Seria muy grande el castigo para tan leve falta, repuso M. de Malesherbes ocultando su conmocion: ¡quedarse soltera por una rosa! Tranquilízate, niña; quiero implorar por mí mismo tu perdon. Vaya, dame tu brazo..... Tuve siempre por una obligacion mia el defender á los acusados.»

Llegaron los dos al sitio de la reunion. El elocuente naturalista defendió la causa de la pobre espulsa, con toda aquella emocion que unos debates tan dulces para su corazon le infundian; y solo con mucho trabajo logró su reintegracion. A fin de que no quedasen las menores reliquias de la reprobacion en que la moza habia incurrido, la presentó por sí mismo á Guillot, induciéndole á que bailase con ella, y dándole palabra de dotar á su novia. Suseta Bertrand, la graciosa lechera, y la primera que habia llevado á noticia de este ministro la suma veneracion con que le miraban, tuvo otro igual dote, de que ella hizo participar bien pronto á uno de los mas guapos mozos de la aldea. Se unieron las dos dichas parejas, y sus bodas se celebraron á un mismo tiempo en el palacio. Quiso M. de Malesherbes que ámbas novias se adornasen en aquel dia con rosas de sus rosales. Mandó poner entre los acuerdos de la juventud de Verneuil, que en lo sucesivo toda moza que se casase en la temporada de las flores, tendria derecho para coger en la tan respetada gruta un ramillete de rosas blancas. «Estas serán, decia á las mozas aldeanas que tenia á su lado, un emblema de vuestros cuidados y de mi gratitud; y cuando ya me haya muerto, os recordarán mi memoria; me creereis allí, y gracias á vuestro recuerdo, podré asistir todavía al mejor dia de vuestra vida.»

Este uso, ó por mejor decir, esta tierna conmemoracion, existe siempre en la aldea de Verneuil. No contrae enlace pareja alguna sin ir á formar un ramillete en la gruta, cuya honrosa inscripcion se renueva todos los años. Desde la cruel y temprana muerte de este varon insigne, no han cesado de cul-

tivar el bosquecillo que su mano benéfica plantó, y á porfia respetan todavía *las rosas de M. de Malesherbes.*

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

XXII

LA AMABLE FRASQUITA SE VE LIBRE DE LAS GARRAS DEL OSO QUE QUERIA AREBATARLA.

¡Cuánto me gusta ver un niño que da pruebas de un buen corazon! Frasquita era humilde como un cordero y dócil como un angel: era hermosa porque nunca lloraba, pues se sabe que á la larga las lágrimas vuelven feos á los niños.

Frasquita no decia mentiras, por lo que raramente era castigada, pues que ella confesaba sus faltas con una franqueza tan hechicera, que su madre no podia menos que apaciguarse.

Siendo pequeña, Frasquita se distinguia sobre todo por su extrema sensibilidad: cuando su mamá estaba triste, la niña no comia, ni queria jugar. Si su mamá estaba enferma, Frasquita lloraba: era forzoso tomar con esta niña toda suerte de precauciones para ocultarle las penas que otra no hubiera solamente percibido.

La mas grande penitencia que podia darse á Frasquita era el no abrazarla en la noche al meterla en la cama. Esta recompensa á la cual estaba acostumbrada le llenaba de alegría; pero cuando su madre la privaba de ella por alguna pequeña travesura, la niña lloraba de tal modo, que casi enfermaba y no

hubiera absolutamente cerrado sus ojos si su mamá no la hubiese perdonado; tal era Frasquita á la edad de cinco años, y todos cantaban sus alabanzas.

Esta encantadora niña se hacia estimar aun de los mismos animales, para los cuales su complacencia y bondad no tenia límites. Nunca Frasquita tocaba estos animalitos de que abusivamente se sirven los otros niños por juguete; se le habia dicho que el mas pequeño animal sufre tanto como un gigante al instante de la muerte; y Frasquita, cuyo corazon era tan sensible, no hubiera querido por ningun precio hacerles mal alguno.

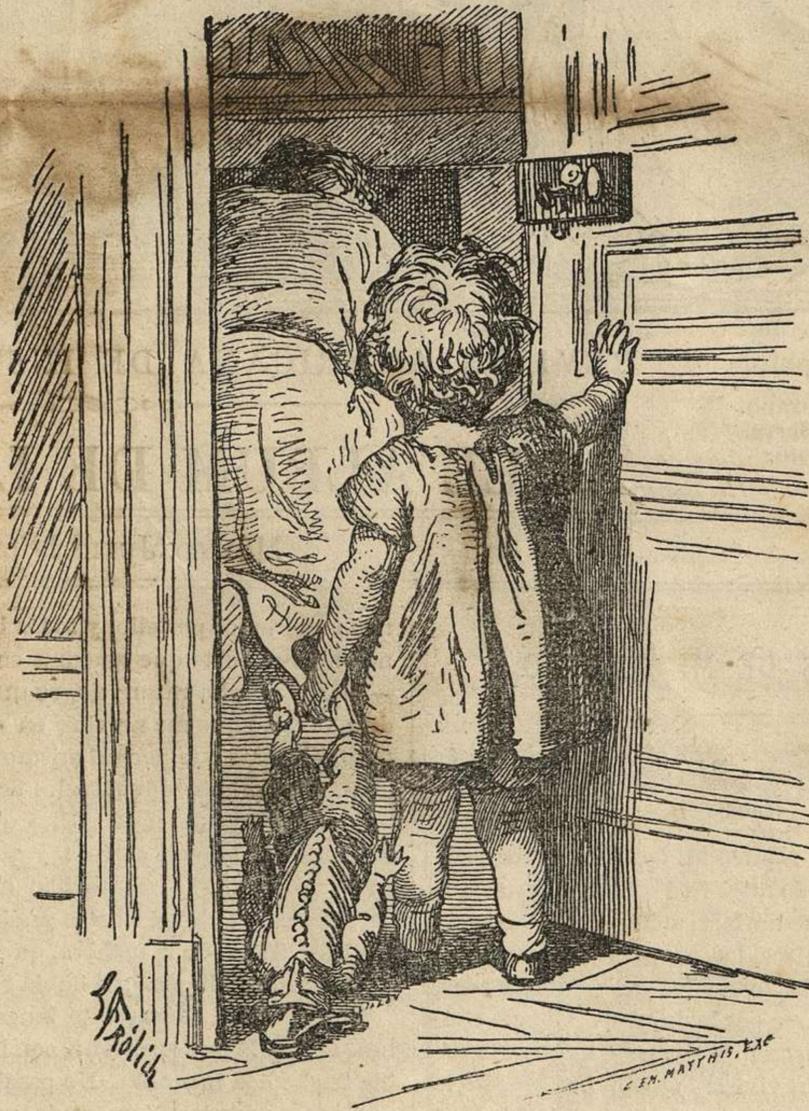
En recompensa, la amable niña podia sin temor pasearse por los bosques, pues que dos muy grandes perros, que nunca la desamparaban, hubieran antes perecido que dejarla devorar por algun lobo. Frasquita vivia con su madre en una casita edificada en medio de los bosques.

Un dia que hacia un frio insoportable, vino un oso al rededor de la cabaña, para encontrar algo que comer. Frasquita le divisó, y tuvo gran miedo, de suerte que se puso de rodillas, y pidió perdon al señor oso, el que avanzaba sin escucharla; pero *Dragon* y *César*, sus dos firmes amigos, habiendo visto el peligro, corrieron, se arrojaron súbitamente al habitante de los bosques, y le hicieron huir.

Despues de este triunfo, los dos fieles perros vinieron á echarse á los piés de Frasquita, para recibir sus caricias. Parecia que le estaban diciendo: nosotros hemos salvado la preciosa vida de usted, porque nos hace bien, y nosotros la estimamos.

Es incontestable que hasta los mismos animales son reconocidos al bien que se les hace, y que siempre se gana en ser bueno.

MELITO Y EL GÜERO.



III

Lo que le ocurrió á Melito fué, el irle á contar á su papá la desavenencia que acababa de tener con el *Güero*; y á fé que la ocurrencia no pudo ser mas acertada. ¡Cuando digo á ustedes que el tal Melito es un niño de tan prodigioso talento casi como el célebre niño Romeo! No, y la verdad es que la determinacion de Melito no iba fuera de camino, ni la tomó así, á *vultum tuum*, que es como si dijéramos, á *salga lo que saliere*. «En primer lugar, se di-

jo para su babero, los papás deben saber cuanto á uno le pasa; en segundo, el mio me consolará, al paso que este estúpido de polichinela...» Pero, señor, ¿qué es lo que está haciendo ahí el papá de Melito? Ya este llamó á la puerta, y se anunció en debida forma; ya dijo: «¡soy Melito!» Nada, aquel señor ni siquiera se ha dignado volver la cabeza. ¡Mal hecho, señor papá de Melito, muy mal hecho, créalo usted!



IV

En vista de esto, ¿qué había de hacer Melito? entrarse de rondón en el gabinete de su papá. Polichinela le siguió, muy de mala gana por mas señas. Estábase el bueno del papá, en cuclillas, buscando

no sé qué en su estante grande, aquel en que tiene guardados muchos libros; pero tan entretenido, tan abismado, como si tal Melito hubiese en el mundo. ¿Han visto ustedes una atrocidad semejante?

EL CUERVO Y LA ZORRA.

(FABULA.)

Rabiaba un carnicero
Con el pícaro gato de un vecino;
Y por matar al animal dañino,
Separó una tajada de carnero,
Y adobada con dosis algo fuerte
De un tósigo de muerte,
Púsola en el tejado,
Por donde á su capricho
Entraba á merendar el susodicho.
Un cuervo que lo vió, partió flechado,
Pilló el macizo trozo,
Y á un árbol escapó lleno de gozo.
Al tiempo que iba el grajo
A trinchar el magnífico tasaño,
Héte, pues, que aparécese la zorra,
Con gana siempre de comer de gorra,
Y esclama diestra con acento blando:
¡Ave de Jove! te saludo grata.—
El cuervo preguntó á la mojitata:
¿A quién discurren tú que estás hablando?
—A quién? (le respondió la zalamera),
Al águila altanera,
Que del lado de Júpiter clemente
Baja diariamente,
Y echa desde la copa de esa encina
El don que por sustento me destina.
¿A qué venir disimulando ahora,
Cuando miro en tu garra triunfadora
La codiciada presa,
Que á esta desamparada criatura
Contigo el dios envía de su mesa?
—La zorra se figura
(Para sí dijo el cuervo complacido)
Que soy águila yo: locura fuera
Desengañarla y deshacer el trueco.
Soltó con bizarría majadera
El robo por la zorra apetecido,
Tendió las alas y se fué tan hueco
El animal astuto

Cogió contento el fruto
Debido á sus indignas artimañas.
Cómelo con presteza:
Convulsiones estrañas
Luego á sentir empieza,
Y abrásale el veneno las entrañas.

*Ciertos bien conocidos perillanes,
Que viven de adular á la simpleza
Sin rastro de pudor, ¿no fuera bueno
Que tragaran en salsa de faisanes
Una dosis decente de veneno?*

LAS MALAS COMPAÑIAS.

Después de algunas semanas de trabajo, logró un labrador sembrar un campo de trigo; pero apenas comenzaron á asomar las primeras briznas, vinieron unos cuervos y las arrancaron. Se propuso entonces hacer una horrible matanza ó un buen escarmiento en los primeros que sorprendiera destruyendo su sembrado.

Tenia nuestro labrador una cotorra muy parlera y traviesa que andaba libremente por todas partes, aunque siempre medrosica: no osaba alejarse mucho de la casa; pero un día que su amo la había regalado con unas sopas de vino, se sintió con valor suficiente para arrostrar los peligros que siempre había temido tanto.

Un paso tras otro y sin decir palabra, se metió por entre la espesa yerba, y después de una jornada mas larga de lo que parecía consentir su torpe y penoso andar, llegó á los trigos donde los cuervos hacían entonces sus correrías, devastando á picotazos la cosecha del pobre labrador. Este, que los vió de lejos, cogiendo su escopeta se acercó silenciosamente hasta tenerlos á tiro. Descargó entonces el arma, y corrió inmediatamente á ver el efecto..... En medio de cadáveres, tendida en el suelo, con las plumas de las alas en desorden y una pata quebrada, yacia la pobre cotica dando lastimosos gritos.

Cogióla su amo y la llevó consigo á su casa.

¿Qué fué, papá? dijeron los niños afligidos al verla tan mal parada. ¿Quién ha herido á nuestra cotica?

Yo, hijos míos, dijo el padre, aunque no de intento. Estaba en compañía de los malvados cuervos, y le ha tocado parte del castigo que estaba destinado para ellos. Así suele suceder á los que no evitan y huyen las malas compañías, que siempre son perjudiciales á los que las frecuentan, tocando muy á menudo al inocente, la pena y castigo que merece el culpado.

Vendaron los niños la quebrada pata; en pocas semanas la cotorra pudo caminar por todas partes; pero cuentan que jamas olvidó la lección que había tan caramamente aprendido.

La mancha negra y la mancha blanca.

Cuando yo era niña é iba al colegio, me sucedía mas frecuentemente de lo que mi lavandera quisiera, el derramarme la tinta sobre la ropa.

Una mañana, por hacer rabiar á una compañera, la arrebaté el tintero, y eché una mancha en mi vestido limpio. Mil ocasiones habíame pasado lo mismo, y mas tardaba la tinta en caer, que yo en olvidarme de ello; pero en esa ocasión, yo no podía olvidar que tenía una mancha en el vestido; quería yo fijar la atención en mis queridos libros, y nada, aquella fea mancha siempre ante mis ojos. ¿Era que mi mala intención había dejado una mancha igual en mi imaginación? Qué sé yo, bien podía ser; el caso es que no pude sosegar me hasta que, aprovechando la primera oportunidad, salí de clase y comencé á lavar aquella mancha lo mejor que supe; pero ella, nada, como si tal cosa. Ocurrióme entonces que el limon podría quitarla; tomé uno, y en efecto, apenas había caído el zumo sobre la mancha, cuando ella desapareció. Figuraos, queridos niños, cuál sería mi asombro cuando al entrar muy ufana á la clase, y fijando mi vista en el lugar donde había estado aquella horrorosa mancha, me encuentro con que de negra que era, habíase vuelto blanca. La aficción que sentí, es indecible; mas traté de consolarme, en primer lugar, con que aquello no tenía remedio; y en segundo, con que *siempre*, decía yo, *es menos fea una mancha blanca que una negra*.

Consolada con esta estraña filosofía, comencé á estudiar, pero me fué imposible; estrellas negras y blancas venían á flotar tenazmente delante de mí; cerraba los ojos, y siempre las veía.

Notando mi profesora la agitacion en que estaba, me llamó, y al acercarme, notó la mancha de mi vestido, lo cual me obligó á contarle todo lo que había pasado, después de lo cual, me dijo con la ternura que ella sabía: «Procura siempre no hacer el mal, porque nuestras malas obras caen sobre el alma, como la tinta cayó en tu vestido, formando una fea mancha; nunca hagas el mal de ninguna manera, ni pequeño, ni grande, porque si no deja una mancha negra, dejará una blanca, y para el caso, tanto da la una como la otra; ya ves que tan mal efecto hace en tu vestido la mancha blanca, como lo hacia la negra.»

Conque, no lo olvideis, niños míos; debemos guardar limpia nuestra conciencia, porque tanto le quita el reposo y tanto la afea una mancha negra como una blanca.

ANGELA LOZANO.

México, Junio 16 de 1873.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

El objeto de la educación es, por un lado, el desarrollo de lo que, aunque no está desarrollado, es capaz de desarrollo, desde la sujeción hasta la completa independencia; y por otro, la semejanza con Dios; esto es, armonizar la salud del organismo corporal y espiritual, para que pueda gozar del mas alto grado de vida y actividad de que su organización

es capaz; que todas las funciones de la vida corporal sean armónicamente activas; que el alma esté también en armonía, con el fin de que la verdad en el pensamiento, la libertad en la voluntad, el amor en los sentimientos, sean la estrella y el centro de la vida.

Mas también el carácter tiene sus necesidades.

Quien emprende educarlo, debe también amar la libertad, pues que va á educar hombres libres.

La libertad de las pasiones y los deseos, de las preocupaciones y de la superstición; aquella libertad que encuentra su vida y esencia en la ley y en la abnegación de sí mismo; aquella libertad que sabe que el hombre encierra en sí mismo la fuente de sus penas y placeres y que solo es libre el que se liberta á sí mismo, este es el primer requisito que debe tener un preceptor.—HARL SCHMIDT.

El hombre entra á la vida con dotes mentales y corporales, que no posee ningun otro sér que conocamos.

Todo lo que él puede llegar á ser, aparece como una semilla que espera su desarrollo; como una flor cuyo fruto se desarrollará, y bajo circunstancias favorables madurará.

Como en otros seres organizados, este desarrollo sigue en parte leyes naturales é invariables, sin necesitar de ninguna ayuda.

El cuerpo crece, sus miembros se agrandan y se hacen útiles. Aparecen muchos impulsos. Los sentidos reciben impresiones del mundo exterior. La razón se activa y aun en su mayor imperfección, distingue al hombre del resto de los animales, no en grado, sino en género.

Pero, á diferencia de los animales, el hombre necesita mas de auxilio extraño, desde el momento de su nacimiento hasta el período de la niñez y la juventud.

Esta ayuda debe suplir el instinto de los animales, y de los servicios que recibe despues de la libre actividad de su razón madura.

Sin constante cuidado, el cuerpo, que tiene el hombre como la bestia, está en constante peligro de muerte ó daño.

Sin la ayuda de otros seres racionales, aquella cualidad que lo distingue de los irracionales, nunca puede llegar á aquel grado de perfección que su perfección original admite; y el mas alto de sus dotes, la razón, que está fundada sobre la razón independiente, aunque adquiriese cierta fuerza, nunca llegaría á aquel grado de elevación en el que puede aparecer enteramente perfecta.

Sin la instrucción de otros, el alma puede adquirir por sus propias observaciones sobre el mundo externo, algunos conocimientos; pero esto lo haría despacio y nunca alcanzaria gran cosa.

Por tanto, el hombre necesita educación é instrucción.—NIEMEYER.

El hombre no es como la arcilla, para que el moralista ó el educador puedan moldearlo á su placer, sino que es una planta que tiene su forma y naturaleza individual, y solo es capaz de ser cuidado por él, como por un jardinero, de ser elevado á su mayor crecimiento y llevado á su mayor perfección.

El educador no puede hacer que un manzano silvestre produzca un melocoton; pero puede hacer que produzca manzanas dulces.—GARVE.

Cuidar de sus hijos para asegurarles una buena educación, oro, riqueza y honor en el mundo, es el objeto de los padres.

Pero pocos piensan en lo que es realmente bueno: en la virtud, la bondad, el honor de Dios; y en conducir á la juventud ignorante, por medio de una buena instrucción, á la posesión de un entendimiento cultivado.

Heredar tesoros y riquezas, no siempre es bueno. A menudo sucede que, por medio de ellas, llega el jóven á la perdición. Ser rico sin una buena educación, trae poco provecho.—SCHNEUBER (Poema).

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO IX.

Del modo de conducirnos con nuestros vecinos.

[Concluye.]

XII

Es sobremanera impolitico el tocar constantemente un instrumento en la sala con las ventanas abiertas ó en cualquiera otro lugar en que los sonidos hayan de trasmitirse á las casas vecinas. Tan solo podemos hacerlo en las horas ordinarias de tertulia, y eso cuando lo que ejecutemos sean piezas cuyas dificultades hayamos ya vencido; pues para los ejercicios de estudio deberemos retirarnos á algun sitio interior de la casa, ó cerrar las ventanas de la sala, si no podemos menos que practicarlos en ella.

XIII

Los cuidados que hemos de emplear para no molestar á nuestros vecinos deben ser todavía mayores respecto de los que habitan las casas mas inmediatas á la nuestra, especialmente en la noche, en que tan fácilmente podríamos perturbar su sueño con el mas ligero ruido.

XIV

Guardémosnos de ocurrir á nuestros vecinos para que nos presten muebles, ni ningun otro objeto que podamos proporcionarnos con el dinero, ó por medio de nuestros íntimos amigos; con la única escepcion de los casos en que nos encontremos en algun conflicto.

XV

No es propio de personas bien educadas dirigir desde su casa miradas escudriñadoras á las casas inmediatas, ni salir á sus ventanas á imponerse de algun suceso escandaloso que en ellas ocurra.

XVI

Cuando en una familia vecina ocurre un accidente desgraciado, debemos apresurarnos á ofrecerle nuestros servicios, si tenemos fundados motivos para creer que le sean necesarios.

XVII

Siempre que llegue oportunamente á nuestra noticia la proximidad de un peligro comun, debemos participarlo á nuestros vecinos, en toda la estension que nos permita la premura del tiempo, y la necesidad de atender á nuestra propia seguridad.

XVIII

Cuando en una casa próxima á la nuestra hay un enfermo de gravedad, debemos ofrecer á su familia nuestros servicios, si creemos que puede necesitarlos, informarnos con la posible frecuencia de su estado, y omitir en nuestra casa toda fiesta, toda demostración bulliciosa de contento, tal como el baile, el canto, ó el sonido de algun instrumento músico.

XIX

Cuando prolongándose la gravedad por muchos dias, y no estando la casa del enfermo muy próxima á la nuestra, nos veamos en la necesidad de entregarnos á ejercicios musicales por vía de estudio, podremos hacerlo, retirándonos para ello á la parte interior del edificio; mas de ninguna manera lo haremos en el dia en que el enfermo haya recibido el Viático.

XX

Muerto un vecino, no solo no deberemos tener una fiesta en nuestra casa, sino que no cantaremos, ni tocaremos ningun instrumento en los dos dias inmediatos; prolongándose estas privaciones hasta

por ocho dias, segun la distancia á que nos encontremos de la familia dolorida, sus circunstancias especiales, y las consideraciones personales que le debamos.

XXI

En general toda demostración de alegría en nuestra casa nos está severamente prohibida en los momentos en que nuestros vecinos se encuentran bajo la impresión de un acontecimiento infausto; procediendo en los diferentes casos que puedan ocurrir con arreglo á los principios aquí establecidos, y á lo que aconseje la prudencia, atendidas las circunstancias indicadas en el parrafo anterior.*

XXII

Observaremos por conclusion que las consideraciones entre vecinos son todavía mas imprescindibles que las que deben guardarse los hombres bajo los demas respectos sociales. Fácil es separarse de aquellos círculos donde se experimentan desagradados, y aun renunciar á aquellas relaciones que pueden ser perjudiciales; mas no es lo mismo huir de un lugar en que se hace insostenible la conducta de los vecinos, abandonando acaso el edificio que se ha construido para vivir, desacomodando una familia entera, y sometiendo á todos los trastornos que ocasiona el mudar de habitación.

EL COMPRADOR Y EL HORTERA.

(FABULA.)

Cuentecillo forjado por deleite
Parecerá sin duda la contienda,
Que se trabó en Madrid en una tienda
De vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Torija
Líquidos un muchacho madrileño;
Y otro, segun la traza, lugareño,
Fué por aceite allí con su vasija.

—Tú, cara de lechuza,
(Dijo sin aprension el forastero)
Despáchame ligero,
Llenáme bien la alcuza.

—Cuando sepas hablar en castellano
(Le replicó el hortera)
Sabrás que lo que tienes en la mano,
Se llama la *aceitera*.

—En toda tierra que garbanzos cria
(Contestó el provincial enardecido),
Alcuza siempre ha sido,
Y alcuza la nombramos en el dia.

—En tierra (dijo el otro) de garbanzos,
Corre por *aceitera* solamente;
Y quien le ponga nombre diferente,
Ha nacido entre malvas y mastranzos.—

El patan en sus trece se mantuvo;
Le rechazaba el hortera listo:
Se incomodaron, y hubo
Por consiguiente la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos
Cachetina siguió larga y furiosa,
Todo por una cosa
Que se puede llamar de entrambos modos.

Pueril estravagancia
Es, pero comunísima en el hombre,
No poner en disputa la sustancia
Y reñir por el nombre.

* Las reglas que se refieren á las consideraciones que deben guardarse á los vecinos durante una enfermedad grave, y despues que ocurre entre ellos algun accidente desgraciado, tal como la muerte, sufren algunas modificaciones, segun son los usos que rigen en cada país. Y de seguro son estas reglas menos severas en las ciudades muy populosas, donde existen grandes edificios en que habitan diferentes familias y personas, y se repiten naturalmente con mayor frecuencia aquellos accidentes. Pero téngase entendido, que si por ser en tales casos embarazosos algunos de los miramientos indicados, podemos omitirlos ó ser menos estrictos en guardarlos, jamas nos será lícito faltar á aquellos que no son otra cosa que el simple ejercicio de la beneficencia.